

por medio del oráculo de Amon. El dios, es decir, la barca sagrada con el objeto en que reside el dios, es sacado del altar en procesion solemne; el sumo sacerdote ó el rey le preguntan y el dios contesta por medio de un movimiento y algunas veces, segun parece, con palabras, pues quizás los sacerdotes habian montado un aparato fonético. Cuando «el grande de la casa de Amon,» es decir, el primer empleado encargado de la administracion del patrimonio del templo, el padre santo Tutmosis, fué acusado de graves defraudaciones y condenado á muerte, el sumo sacerdote Pinozem III puso delante del dios dos rollos escritos, uno de los cuales le condenaba y otro le absolvía: el dios tomó el pliego absolutorio, en vista de lo cual absolvió al acusado de todas las inculpaciones y le repuso en su cargo, del cual habia sido destituido durante el proceso, que se prolongó algunos años (1). Análoga á ésta es la descripción que hace Calístenes, como testigo ocular, del oráculo que Alejandro recibió en el vaso de Amon. «El objeto venerado como dios no tenia forma humana sino que mas bien se parecia al Omphalos de Delfos,» con lo cual se alude á la urna en que habita la divinidad. «Está adornado con esmeraldas y piedras preciosas y es llevado en hombros por ochenta (?) sacerdotes en una barca de oro de cuyos lados penden multitud de tazas de plata; los sacerdotes llevan al dios á donde él quiere seguidos de un grupo de vírgenes y de mujeres que cantan himnos. El dios pronuncia luego el oráculo por medio de determinados movimientos que comunica á los que lo llevan y que traduce el profeta, es decir, el sumo sacerdote (2).»

Estas instituciones realizaban de una manera bellísima el ideal religioso, pero ya se comprenderá que esto no era muy á propósito para que el Estado prosperase. Por muchos documentos (3) sabemos que en tiempo de los tanitas lo pasaron muy mal los territorios de Egipto, gobernados de hecho por el sumo sacerdote de Amon; por ellos sabemos que una

(1) Que estos sucesos tenían un fondo político es indudable, por mas que no sepamos cuál fuese; por esto el protocolo de estos sucesos aparece detalladamente dibujado en una pared del templo.

(2) Diodoro, 17, 50-51; Curcio, 4, 7, 23. Ambos toman sus datos de Calístenes. Véase Estrabon, 17, 1, 43.

(3) De ellos ha tratado E. Naville en un excelente trabajo: *Inscripcion histórica de Pinozem*, tomo III, 1883.

porcion de proscritos fueron enviados á los oasis; que Amon los indultó, cediendo á los ruegos del sumo sacerdote Meneperre; que los administradores y secretarios del templo de Amon, como el ya citado Tutmosis, cometieron defraudaciones, robaron cadáveres, etc., etc. En la necrópolis de Tebas especialmente, la policia era impotente contra los ladrones de sepulturas. Las riquezas con que eran enterrados los Faraones excitaban cada vez mas la codicia de los criminales. Hasta nosotros han llegado las actas de un proceso del tiempo de Ramesces IX, instruido contra los ladrones de necrópolis, que saquearon muchas tumbas de particulares y un sepulcro del rey Sebakemsauf y que si no robaron otras fué porque no pudieron abrirlas. En tiempo de los reyes sacerdotes y de los tanitas esta calamidad se aumentó de dia en dia; las tumbas tenían que ser continuamente registradas y las momias de los reyes eran trasladadas de un lugar á otro para librarlas de la rapiña de los malvados. Por fin se adoptó un medio desesperado, que consistió en ocultar los cadáveres de los reyes, de los príncipes y de las princesas del Nuevo imperio y aun los de los soberanos de la dinastía reinante en un pozo abierto en las abruptas peñas de las montañas de Der-el baheri, donde han sido al fin encontrados los cadáveres de Amenofis (Amenhotep I), de Tutmosis III, de Seti I, de Ramesces II y de otros muchos monarcas que sacados de sus magníficos sepulcros pudieron hallar allí tranquilo reposo. El escondrijo habia sido tan bien escogido que hasta el siglo pasado no fué descubierto por unos labradores egipcios que andaban á caza de antigüedades. En 5 de julio de 1881 fué este pozo accesible á la ciencia y entonces los cadáveres de los Faraones fueron nuevamente removidos para ser transportados al museo de Bulaq. Algunas momias fueron despojadas, como es sabido, de sus envolturas, gracias á lo cual nos ha sido dado ofrecer á nuestros lectores los retratos fotográficos de Seti I y de Ramesces II.

El imperio de Tutmosis III y de Ramesces II murió lentamente y sin gloria por decrepitud. Así como de las cenizas del Antiguo imperio y luego del imperio Medio logró el pueblo egipcio despertar á nueva vida y crear un nuevo y poderoso Estado, el sueño letal en que cayó el imperio Nuevo significó al propio tiempo la muerte de la nacion egipcia, que al deponer la espada se entregó á la soberanía extranjera.

## LIBRO CUARTO

### ÚLTIMOS TIEMPOS DEL IMPERIO DE LOS FARAONES

#### CAPITULO PRIMERO

##### DOMINACION DE LOS MERCENARIOS

A medida que el imperio egipcio se iba hundiendo de generacion en generacion, se aumentaba incesantemente el número de las tropas mercenarias. Cierta que entre estas no encontramos ya á los schardanas, que en otro tiempo constituían el núcleo y que al terminar el gran poderío cesaron todas las comunicaciones ultramarinas; pero en cambio ingresaban cada vez en mayor número en el ejército egipcio los libios, que no habiendo podido apoderarse por conquista del valle del Nilo, se establecieron mas adelante en él por las vias pacíficas y de una manera mas segura. Las gentes de la tribu de los maschauaschas fueron las que en primer término se pusieron á sueldo de los egipcios, y bajo su nombre—que se fué abreviando hasta convertirse en *ma*—fueron comprendidas luego las demás tropas extranjeras, incluso los descendientes de los schardanas. El número de estos mercenarios se fué aumentando de dia en dia y los hijos continuaron la profesion de los padres, alcanzando riquezas y patrimonios, especialmente en el delta, donde se establecieron en grandes masas (1). Aunque exteriormente aceptaron la cultura egipcia, conservaron en sus hijos los nombres libios y se diferenciaron esencialmente de los egipcios, que, por esta razon, siguieron considerándose como extranjeros. Es posible que se dividieran en muchas tribus, pues que posteriormente encontramos mencionados á los celesirios y hermotybios, pero en el exterior formaban una clase completamente cerrada; de ellos mismos salian sus coroneles, que eran designados con los nombres de «grandes» (*ur*) y «príncipes» (*ur'a*) de los *ma*, apareciendo tambien en una ocasion el título libio de *mes* (señor). Como distintivo llevaban estos mercenarios en la cabeza la pluma con que en su patria se adornaban sus compatriotas.

Es cierto que al lado de estos mercenarios existia aun la antigua milicia nacional, cuya jefatura, por lo menos en el Sur, estaba confiada al sumo sacerdote de Tebas; pero fácil es comprender que, además de no ser muy aguerrida, poco habia de poder enfrente del cuerpo unido de los *ma*. La suerte del Egipto estuvo, pues, cada dia mas en manos de mercenarios extranjeros, entre los cuales el oficio de guerrero pasaba de padres á hijos, y que muy pronto pudieron pensar en explotar el país en su provecho propio, ocurriendo con este motivo sucesos análogos á los que dos mil años despues habian de reproducir los mamelucos. Ya en los acontecimientos

(1) Casi todos los distritos en que, segun Herodoto, II, 165, se establecieron los guerreros, están situados en el Delta. — L. Ster: *Revista Egipcia*, 1883, ha sido el primero que ha demostrado el origen libio de los mercenarios y la procedencia verdadera de la dinastía vigésima segunda.

que motivaron el entronizamiento de los tanitas representaron sin duda un papel importante los mercenarios, los cuales tambien contribuyeron á los desórdenes que turbaron los reinados de aquella dinastía y debilitaron su poder.

Durante los reinados de los últimos tanitas alcanzó entre los mercenarios gran consideracion una familia descendiente de un tal Buyuwa (2), que oriundo de la tribu de los tehenus llegó quizás á Egipto en tiempo de Hrihor, y cuyos descendientes fueron los «príncipes de los *ma*» y estuvieron al propio tiempo revestidos de la dignidad sacerdotal de «padre divino.» El cuarto de ellos, Scheschonq (3), llegó á tener tanta influencia que pudo casarse con una princesa llamada Meh tenusecht. Su hijo Namret (Nemrod) fué todavia mas allá, pues en tiempo del rey Pinozem era «príncipe de los *ma* y grande de los grandes,» lo cual probablemente equivalia á generalísimo de las tropas libias. A su muerte, su hijo Scheschonq heredó esta dignidad, logrando una respetabilidad grande, como nos lo demuestra una inscripcion de Abydos, en la que el rey, cuyo nombre desgraciadamente nos es desconocido, dedica sus cuidados á la saqueada tumba de su padre, pregunta por él al oráculo de Amon de Tebas y ora por la victoria del general. Ya se comprenderá que Scheschonq acabó por aspirar á la posesion de la corona; y en efecto, fué el sucesor del último tanita, Pisebcha'ennu, y para asegurar su dinastía casó á su hijo Osorkon con Ra'ma'ka, hija de su predecesor. Segun parece, volvió á sacar de la oscuridad en que se encontraban á los descendientes de los Ramésidas, pues en su tiempo vemos á muchos príncipes de esta familia ocupar elevados puestos en la milicia.

Al subir al trono Scheschonq I (939 antes de J. C.) (4) los mercenarios se convirtieron en dueños del Egipto, trasladándose simultáneamente al delta el centro de la vida egipcia. La familia del nuevo soberano vivia en Bubastis, en el delta oriental, y allí fijaron él y sus descendientes su residencia, á consecuencia de lo cual la divinidad local, la diosa-gata Bast, tuvo extraordinaria importancia. Tambien Menfis se vió, al parecer, nuevamente favorecida; en cambio Tebas perdió definitivamente su condicion de capital y á la par fué decayendo poco á poco su dios, pues si bien Scheschonq I y su sucesor visitaron algunas veces la ciudad de Amon y aun ensancharon con un nuevo pórtico el templo de Karnak, la administracion de la ciudad y de su territorio fué confiada

(2) Este nombre aparece nuevamente en los anales de Assurbanipal como nombre de la dinastía de Mendes por él instituida; en estos anales se escribe Buaimá.

(3) Así pronunciamos Sesonchis, fundándonos en la forma de Manethon, pero seria mas exacto escribir Schuschenq, pues los hebreos escriben Schuschaq (escrito Schischaq y en la traduccion de los Setenta, Susakim) y los asirios Schuschinqu.

(4) Esta es la fecha que resulta si en el período de gobierno de la vigésima segunda dinastía que consigna Manethon sustituimos la cifra de 120 años consignada con la de 116, que resulta sumando las cifras aisladas, como lo hace Gelzer: *Africano*, tomo I, pág. 205.

por estos soberanos, como lo había sido en otro tiempo por sus antecesores, al sacerdote de Amon. Como era natural, quedaron también aquí descartados los herederos de la dinastía de los tanitas. Scheschonq confirió la dignidad de sumo sacerdote a su hijo Aupuat, nombrándole, al propio tiempo, «general de las tropas del Sur» (algunas veces también se le llama «general de las tropas de todo el país»), es decir, comandante de los ejércitos indígenas. Análoga conducta observaron los monarcas sucesivos: el sumo sacerdote tebano fué, en cierto modo, patrimonio de los segundones del imperio faraónico, de suerte que en el fondo quedaron en Tebas las cosas en el ser y estado que tenían en tiempo de los tanitas.

Por lo demás, la nueva dinastía vigésima segunda procuró también asegurar su poder distribuyendo entre los miembros de su familia el mayor número de elevados cargos militares y sacerdotales; por eso los sacerdotes del Ptah de Menfis y del Harschaf de Heracleópolis fueron por regla general conferidos a príncipes. Esta última ciudad fué, al parecer, elevada a la categoría de fortaleza y de cuartel general de las tropas, cosa que se explica perfectamente por su situación. Por esto el sumo sacerdote tebano Namret, hijo de Osorkon II, por ejemplo, se titula «jefe de las tropas de Heracleópolis,» ciudad en la que sus descendientes desempeñaron diversos cargos sacerdotales. Osorkon I, hijo de Scheschonq I, construyó también una fortaleza a la entrada del Fayum.

El cambio de régimen produjo, por de pronto, nueva pujanza en el exterior, pues si bien los reyes tanitas fueron demasiado débiles para invadir la Siria, nunca dejaron de ocuparse en los asuntos de este territorio. Después que el rey David hubo conseguido libertar a su pueblo de la dominación de los filisteos, tener a raya a sus vecinos y fundar un reino poderoso, debió de serle muy grato al Faraon—probablemente Pisecha'ennu II—que el fastuoso sucesor de David, Salomon, procurara entablar estrechas relaciones con Egipto y pidiera la mano de su hija. El monarca egipcio conquistó la ciudad cananea de Gazer, situada al Noroeste de Jerusalén, para su yerno, regalándosela en dote a su hija. Esto no fué, sin embargo, obstáculo para que Hadad, el heredero del país de Edom sojuzgado por David, hallara refugio en Egipto y se casara con una parienta del rey, y aun para que le fuera permitido volver a su patria y libertarla del yugo israelita. La caída de los tanitas rompió el vínculo dinástico, pues Scheschonq acogió amistosamente a Jeroboam, que había promovido en la tribu de José una sublevación contra Salomon. Cuando a la muerte de éste se disgregó su imperio y la mayor parte de la nación eligió por rey a Jeroboam, creyó Scheschonq (1) que era aquella una ocasión propicia para reanudar las expediciones militares de la décimotercera y décimocuarta dinastía. El incompleto extracto de los anales hebreos, único que hasta nosotros ha llegado (2) y que solo tiene interés para la historia del templo, dice simplemente que en el quinto año del reinado de Roboam, rey de Judá (920 antes de J. C.), Scheschonq puso sitio a la ciudad de Jerusalén y se apoderó de los tesoros del palacio y del templo, entre los cuales figuraban los escudos de oro fabricados por Salomon, siendo muy probable que fuese éste el precio a que Roboam compró la retirada de los egipcios. En una inscripción de Scheschonq que se encuentra en Karnak (3) vemos

(1) La Vulgata le llama Sesac y señala su expedición en el quinto año del reinado de Roboam. (N. del T.)

(2) Reyes I, 14, 25. Que las fantasías de la pretendida Crónica (II, 12) no tienen valor histórico alguno, no hay necesidad de demostrarlo. La misma Crónica (II, 14) ha inventado una victoria de Aza sobre el rey Terach de Kusch que nunca ha existido.

(3) Véase el dibujo en Stade: *Historia de Israel*.

que el ataque de este rey se dirigía simultáneamente contra toda la Palestina, con lo cual quedaría destruida la hipótesis de que Scheschonq atacara al rey de Jerusalén en interés de su protegido Jeroboam. Esta inscripción nada dice acerca del curso de la expedición—en vez de esta relación contiene una calurosa efusión de sentimientos de Amon, que ensalza el poder del rey,—pero contiene una lista de los lugares que en número de más de 140 fueron en parte destruidos, varios de los cuales pueden conocerse a primera vista, apareciendo en ella mencionados, por ejemplo, Ta'anak, Schunem, Machanaim, Gibe'on, Bethoron, Aijalon, Megiddo, Sokko y otros (4). todos estos son lugares conquistados e incendiados por el rey; Scheschonq no fué, al parecer, mas allá de las fronteras de Palestina, y en ninguna parte encontró una resistencia energética, pero tampoco fué su empresa de grandes resultados políticos, pudiendo decirse que revistió el carácter de simple expedición de rapiña para recoger fácil botín y que en manera alguna pudo ser cuestión del restablecimiento, ni aun pasajero, de la soberanía egipcia en Palestina.

La nueva pujanza del poderío egipcio fué efímera; los sucesores de Scheschonq I (5) apenas son mencionados en los monumentos con mas frecuencia que sus antecesores. En Tebas, en Bubastis, en Menfis y en Pithom construyeron algunos edificios; algunas piedras sepulcrales y especialmente las tumbas de los bueyes Apis enterrados durante estos reinados han llegado hasta nosotros, pero con todo ello nos es imposible trazar un cuadro de sus hechos y de su suerte. Que subsistieron las relaciones con los pequeños Estados sirios nos lo demuestra, entre otros, el hecho de que los mas antiguos cultivadores de la historia hebrea, especialmente el narrador efraimita (750 antes de J. C.), están perfectamente informados de cuanto atañe a los asuntos egipcios. Los posteriores Bubástidas solo una vez, que sepamos, tuvieron relaciones mercantiles con este territorio. Cuando el conquistador asirio Salmanasar II atacó los pequeños Estados de la Siria central, formándose contra él en 854 una gran coalición al frente de la cual figuraban Hadad'ezzer de Damasco, Irchulina de Hamat y Acab de Israel, el rey de Egipto, Takelot I ó Osorkon II, envió a los ejércitos coligados un contingente de mil hombres. Los aliados se encontraron con el rey asirio en Qarqar del Orontes, cerca de Hamat, y aunque, según dice Salmanasar, fueron completamente derrotados, lograron evitar que los asirios conquistaran la Siria meridional. No debemos entrar aquí en el curso de estas luchas; Salmanasar y su sucesor alcanzaron muchas victorias, pero no pudieron crear una soberanía asiria permanente en Siria. Por otro lado, no sabemos que los Estados amenazados volvieran a coligarse; de todos modos los hechos demuestran que los Faraones comprendían perfectamente el peligro que para ellos significaba la creación de un reino poderoso en Siria, pero eran demasiado débiles para oponerse energicamente a ella.

La falta de monumentos no indica poca afición a ellos por parte de los soberanos, sino su debilidad. La fuerza de la dinastía bubástida se fundaba en los mercenarios, pero estos no estaban siempre incondicionalmente a su disposición. ¿Por qué lo que había logrado un general atrevido no había de ser por otros imitado? ¿Por qué los jefes que residían en Sais, Xoio, Sebennytos y Mendes habían de someterse a la dominación de una familia que no era mejor que ellos? Además

(4) En la lista se encuentra también un nombre, Judhmalc, que ha despertado gran interés por haber sido traducido «rey de Judá»; esta traducción, sin embargo, es filológicamente imposible, quedando, por lo tanto, en duda a cuál lugar pudo referirse la palabra.

(5) Sus nombres son: Osorkon I, Takelot I, Osorkon II, Scheschonq II, Takelot II, Scheschonq III, Pimai, Scheschonq IV, último de la dinastía (probablemente en 735 antes de J. C.).

añadase a esto que la dinastía reinante estaba desunida, entre otras causas, por la concesión de cargos importantísimos a su línea mas joven. Durante el transcurso del siglo noveno (antes de J. C.) el Egipto se iba fraccionando en una porción de principados parciales y los reyes oficiales a duras penas y solo a fuerza de continuas luchas (de las que encontramos algunas oscuras pruebas en las inscripciones) lograron conservar sobre ellos su soberanía, que acabó por ser muy discutida.

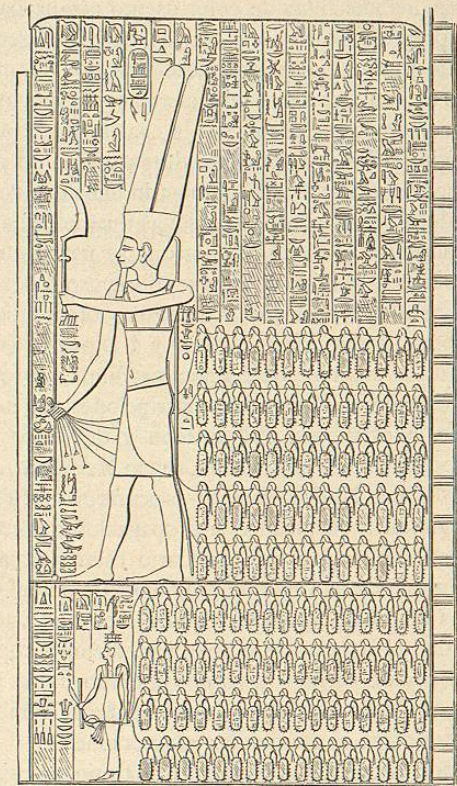
Manethon dice que en 823 antes de Jesucristo empezó a reinar una nueva dinastía, la vigésima tercera, oriunda de Tanis, que no consiguió nunca ser reconocida en todo el Egipto, ó por lo menos en una gran parte de este país, y de cuyos dos primeros reyes, Petubastis y Osorkon III, no poseemos mas que un par de objetos insignificantes. Osorkon III es probablemente el mismo que con el nombre de Osorkon de Bubastis encontraremos mas adelante, de modo que de ser esto cierto, resultaría que la dinastía de Scheschonq perdió la posesión de su patria, habiendo en cambio conservado el dominio de la vecina Busiris, donde a la par que al mencionado Osorkon encontramos uno tras otro a dos príncipes, Scheschonq y Pimai, que quizás son los mismos Scheschonq III y su hijo Pimai de quienes antes hemos hablado.

La soberanía de esta dinastía fué siempre reconocida en Menfis, pues las inscripciones sepulcrales de los bueyes Apis allí enterrados aparecen fechadas según los años de gobierno de sus reyes. La última inscripción de esta dinastía que encontramos en Tebas y que trata de presentes hechos a Amon, lleva la fecha del año vigésimo noveno de Scheschonq III; poco tiempo después, el alto Egipto cayó en poder de los etíopes.

Simultáneamente con la antigua dinastía, cuyo poderío parece cada vez mas limitado, y con la dinastía nueva originaria de Tanis, surgieron en el país otros muchos soberanos que se esforzaban por hacerse completamente independientes. Afortunadamente poseemos abundantes y auténticos datos (1) para estudiar este estado de cosas, análogo al que anteriormente—después de la dinastía octava y antes de la décimotercera—hubimos de examinar con noticias insuficientes. Los «condes y señores de ciudades» no son ya, como antiguamente, nobles egipcios, sino «grandes de los ma,» jefes de mercenarios que se hicieron independientes en sus feudos. Cuando en 775 antes de Jesucristo el conquistador etíope Pi'anchi salió de Tebas y avanzó hacia el Bajo Egipto, el valle del Nilo, desde Hermópolis hacia abajo, y todo el delta estaban fraccionados en muchos de estos pequeños Estados, de los cuales se nos enumeran diez y nueve. Figuraban entre ellos el rey Namret (Nemrod) de Hermópolis, el rey ó príncipe Pefdubast de Heracleópolis, el rey Osorkon III de Bubastis (véase mas arriba) y el rey Aupuat de Tuentremu (de la «ciudad del pez» cuya situación nos es desconocida) en el delta; venían luego muchos «condes y jefes de los ma,» Scheschonq y Pimai de Busiris (véase mas arriba), Zedamenau'anch de Mendes, con su hijo Anchhor, que mandaba las tropas en Hermópolis (en el delta); Nesnaqedi de Xoio, Akanschu de Sebennytos, Patenfi de Phakusa, Nechtharnaschent de Phagroriópolis, Pabesa de Babilonia en Menfis y otros. Los dos que llevan los nombres de Peduast (Petisis) de Athribis y de Bokennifi (2), cuyo territorio no se cita, ostentan el antiguo título de príncipe, *rpa'ti*. El mismo sumo sacerdote de Letópolis, mas abajo de Menfis, aparece también entre los dinastas laicos, lo cual indica que fundó para sí un principado eclesiástico. Entre estos dinastas existían seguramente varias

(1) En la inscripción del conquistador etíope Pi'anchi.  
(2) En asirio este nombre se escribe Bukunanni'pi.

categorías: los «reyes» pretendían una soberanía completa, al paso que los «condes» y los «jefes» reconocían, por lo menos nominalmente, un soberano. Quizás la mayoría de estos pequeños Estados formaron una confederación algo relajada, pero lo indudable es que continuamente lucharon unos contra otros, procurando cada uno ser soberano de su vecino y conseguir la corona para su familia.



Amon y la diosa del distrito tebano presentan al rey Scheschonq I una lista de los lugares conquistados.

Los nombres están encerrados en elipses, sobre cada una de las cuales destaca el cuerpo de un sirio encadenado.

De esta suerte la soberanía de los mercenarios llegó a su fin con la disolución completa del imperio de los Faraones.

## CAPITULO II

### EL REINO DE NAPATA

Por espacio de muchos siglos el alto valle del Nilo formó parte del imperio egipcio y durante los reinados de los monarcas del Nuevo imperio, especialmente de Amenhotep III y de Rameses II, el «miserable país de Kusch» fué convertido en territorio de cultivo, consiguiendo alto grado de bienestar. Aun admitiendo que a consecuencia de las mayores crecidas del Nilo el agua de este río llegara antiguamente mas lejos que en la actualidad, no puede menos de sorprender que en aquel estrecho valle de rocas, cerrado a ambos lados por el desierto, se levantaran tantas ciudades, cada una de ellas con su magnífico templo, en un lugar donde hoy en día apenas logran llevar una mísera existencia algunas aldeas. La autoridad del gobierno permanecía inquebrantable, apoyada por las guarniciones de las fortalezas recientemente construidas, cuya jefatura correspondía al gobernador «príncipe de Kusch.» Es probable que las tribus del desierto que se extendía al Este, los negros del Sudan, hicieran de cuando en cuando alguna incursión de rapiña, que luego motivaba los pomposos cuadros triunfales de los Faraones, pero de lo que no hay noticia ninguna es de que en Kusch ocurriera